

*Jeanne Voilier*

# Cuando el sol reposa en el abismo

Fabienne Bradu

*La periodista y biógrafa francesa Célia Bertin se dedicó a investigar la vida de la editora Jeanne Voilier (quien como escritora usó la forma masculina de su nombre: Jean Voilier). El resultado es un libro, de reciente aparición en lengua española, en que se delinea la imagen vital de una mujer de gran dedicación al trabajo intelectual y seductora personalidad.*

Cuando tenía menos de veinte años, Paul Valéry se enamoró de una desconocida a quien seguía y perseguía por las calles de Montpellier sin atreverse a dirigirle la palabra. Quemaba sus entrañas el fuego de este amor inconfeso y luego de padecer la pasión que le inspiraba la Mujer —a la que no regatea la mayúscula de las figuras ideales—, se juró a sí mismo renunciar para siempre a la pasión y a la poesía. El juramento solemne tuvo lugar la noche del 4 al 5 de octubre de 1892, en el puerto de Génova, durante una tormenta tan tremenda como el amor que pretendía abolir de su vida.

Cincuenta años más tarde —escribe Bernard de Fallois—, convertido en el intervalo en un escritor mundialmente conocido, y habiendo entrado, por así decir, en vida en la posteridad, saltándose las etapas intermedias, se enamoró de una dama dos veces más joven que él, pasa los siete

últimos años de su vida como encerrado en este amor, le envía cerca de un millar de cartas, compone para ella más de ciento cincuenta poemas, y muere de pena el día en que ella le comunica que se va a casar con otro.

Sesenta y tres años después de la muerte de Paul Valéry —ocurrida el 20 de julio de 1945— se dieron a conocer los poemas de *Corona y coronilla* (2008) dedicados a su dama, y que Jesús Munárriz sólo tardó un año en traducir y publicar en la editorial Hiperión.

Así, los resortes de la curiosidad quedaban activados para que el público se preguntara quién era esa mujer capaz de romper el juramento que Paul Valéry casi no había traicionado desde su primera juventud pese a numerosos devaneos. Había tenido la tentación de romperlo cuando descubrió a Catherine Pozzi, con quien conoce o cree conocer una relación ideal: “El ser amado

—escribe en sus *Cuadernos*— es aquel cuya posesión espiritual y corporal llevaría hasta el más alto grado nuestra sensación de ser”, un fenómeno que llama “resonancia” o “sintonía de sistemas”. Pero la desgarbada y etérea Catherine Pozzi pronto perdió sintonía corporal con el poeta y la relación se tornó tensa para ambos. Su temprana muerte, a fines de 1934, dejó a Paul Valéry como mejor preparado, hasta hambriento, para vivir la pasión que le fue escamoteada. “Vivir —escribe Paul Valéry— es crear, o no es nada. Y entre las creaciones posibles, crear el Amor, hacer un amor que sea al amor conocido y sabido de todos lo que una Catedral es a una choza. Un amor que encierre la vida, y no que la vida lo englobe en un revoltijo con un montón de cosas”. ¿Quién será, entonces, la mujer que le permitirá cumplir esta empresa espiritual de superación de los límites humanos que raya en el misticismo?

Célia Bertin responde la pregunta, sana o morbosa según los puntos de vista, en *Portrait d'une femme romanesque*. Jean Voilier, que la editorial Vaso Roto acaba de traducir mejorando el título con un verso de *El cementerio marino*: Jean Voilier. *Cuando el sol reposa en el abismo* (“*Quand sur l'abîme un soleil se repose*”). Recientemente, Dominique Bona publicó, en la editorial Grasset, otro acercamiento a Jeanne Voilier en una biografía titulada: “*Je suis fou de toi*” (“Estoy loco por ti”), que da una idea de la boga que comienza a cobrar el “gran amor de Paul Valéry”.

Célia Bertin es en sí misma un personaje que ameritaría una biografía que develara su juventud en la Resistencia francesa, sus novelas, sus biografías y su peculiar manera de combinar la rebelión y un estilo de vida victoriano. Murió en noviembre pasado, dejando más luminosos a Rodolfo de Habsburgo, Marie Bonaparte, Louise Weiss y Jeanne Voilier, a quienes dedicó su perspicacia y su pluma. En esta biografía de Jeanne Voilier, procedió al revés de las biografías tradicionales para reconstruir la vida de esta mujer imprevisible y fuera de serie: muestra primero su parte seductora, solar, valiente y exitosa para luego ahondar en las distintas capas del personaje hasta dar con la herida original que, desde la infancia, la cimbró tal una fisura en un cántaro roto. Jeanne Voilier es, a la vez, una mujer del siglo XVIII, semejante a las anfitrionas de los salones que conversan al tú por tú con la flor y nata de la Enciclopedia, y una vanguardista para la primera mitad de este siglo XX con el que su vida prácticamente coincide: nace en 1903 y muere en 1996.

En efecto, Jeanne Voilier es una mujer espiritualmente emancipada e independiente económicamente gracias a su gran capacidad de trabajo, dos condiciones imprescindibles para ser y sentirse libre. Es hermosa sin ser convencional; es alegre y hedonista; tiene un gusto impecable y, sobre todo, los recursos para sustentarlo a su antojo. La legión de hombres que la cortejan con de-

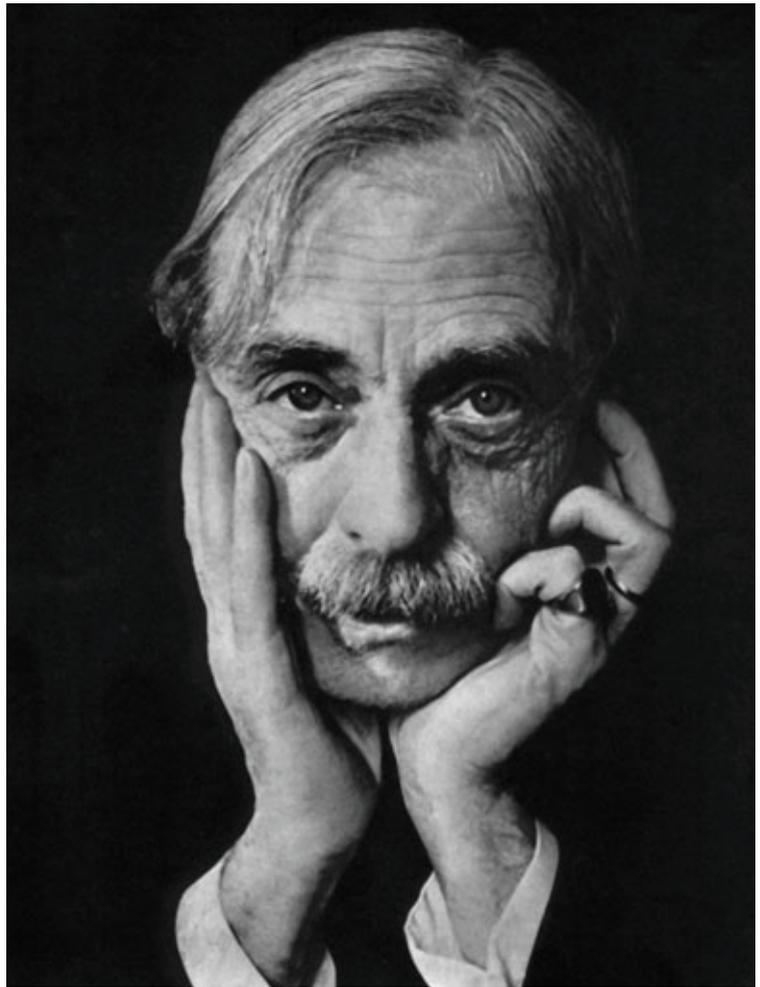


Jeanne Voilier

voción y asiduidad comparten todos la misma debilidad: no pueden —ni quieren por lo visto— resistir a su seducción cuando ella se propone cobijarlos bajo el alero de su inteligencia y su ternura. Por lo demás, su mansión en Auteuil es un modelo de comodidad, de claridad y de exquisitez sin falla, y el jardín, un remanso de frescura y silencio, congrega varios árboles que distintos amantes fueron sembrando a lo largo del tiempo. Por supuesto, como sucedía con su paso por la vida de Jeanne Voilier, sus devotos ignoraban quién había sembrado los demás árboles.

Paul Valéry es el astro mayor de la constelación que gravita alrededor de este sol llamado Jeanne Voilier. Pero los demás no son menores: Jean Giraudoux, Saint-John Perse, Robert Denoël, Curzio Malaparte son algunas de las estrellas a las que se suman algunos asteroides de la vida literaria parisina y unos cuantos luceros femeninos. Contra lo que podría creerse, Jeanne Voilier no es una seductora malvada, nefasta, al estilo de las mantis religiosas que literalmente consumen a su macho después de haberlo amado. Al contrario, es generosa y provee a sus amantes de los alimentos espirituales y terrestres que no encuentran en casa y a los que rápidamente se afician hasta la adicción. ¿Pretende dominarlos? Más

Célia Bertin  
Jean Voilier  
Cuando el sol reposa en el abismo



Paul Valéry

bien, aspira a ser admirada y amada como ninguna otra narcisista en el mundo. Pero lo que da a cambio es un elixir que embriaga hasta el éxtasis. Pongamos como prueba estos versos de Valéry:

¡Querido veneno mío,  
todo, todo en ti, la carne,  
la profunda cabellera,  
la Venus de tu garbeo  
y la Psique de tu espíritu,  
y el corazón que me entiende,  
que parece responderme,  
todo en ti, todo me quema,  
me enloquece por unirme  
a ese caudal de emoción!

que sólo son unos cuantos botones entre miles de flores del mismo tenor, o entre las cartas casi cotidianas:

No, amiga mía, no, no maldigas tu afición por el lujo. No hay nada de ti que yo no ame (lo único que me devasta algunas veces el alma del alma son tus recuerdos), pero tienes que amar esta perfección de las cosas y tu cuerpo y tu vestimenta y tus habitaciones y tus flores. Te veo en la venustez. Te acaricio en la tibieza de la luz dulcemente rica, hablo contigo (voluptuosa, inteligentemente), no hay pa-

labra que combine esos dos términos en un solo adverbio extraordinario. Tendríamos que poseer una lengua nuestra (alguna vez esta idea se materializó y sí hubo sólo una boca y una lengua). Ya ves, me haces escribir tonterías. Pero piensa que este momento es el único de este inmenso día en el que yo vivo un poco, con y para ti.

¿Quién creería que estas son las líneas del superracional poeta que a diario, entre las cuatro y las ocho de la mañana, examina el funcionamiento de su cerebro en un sinnúmero de *Cuadernos*? Más clínico que Stendhal acerca del enamoramiento, escribe siguiendo la observación del modelo que más tiene a la mano, es decir, él mismo:

Se ve aparecer en el enfermo un desarreglo significativo de todos los valores, reacciones extremas que responden a hechos insignificantes; graves conjeturas que lo dejan insensible; el intelecto se vuelve muy inventivo y *locamente* lúcido en un sujeto hasta entonces mediocre; un hombre de gran espíritu que razona como un niño. Las supersticiones, las prohibiciones absurdas, los pasos insensatos, las imprudencias de todo orden pululan y constituyen vida segunda que devora a la vida normal.

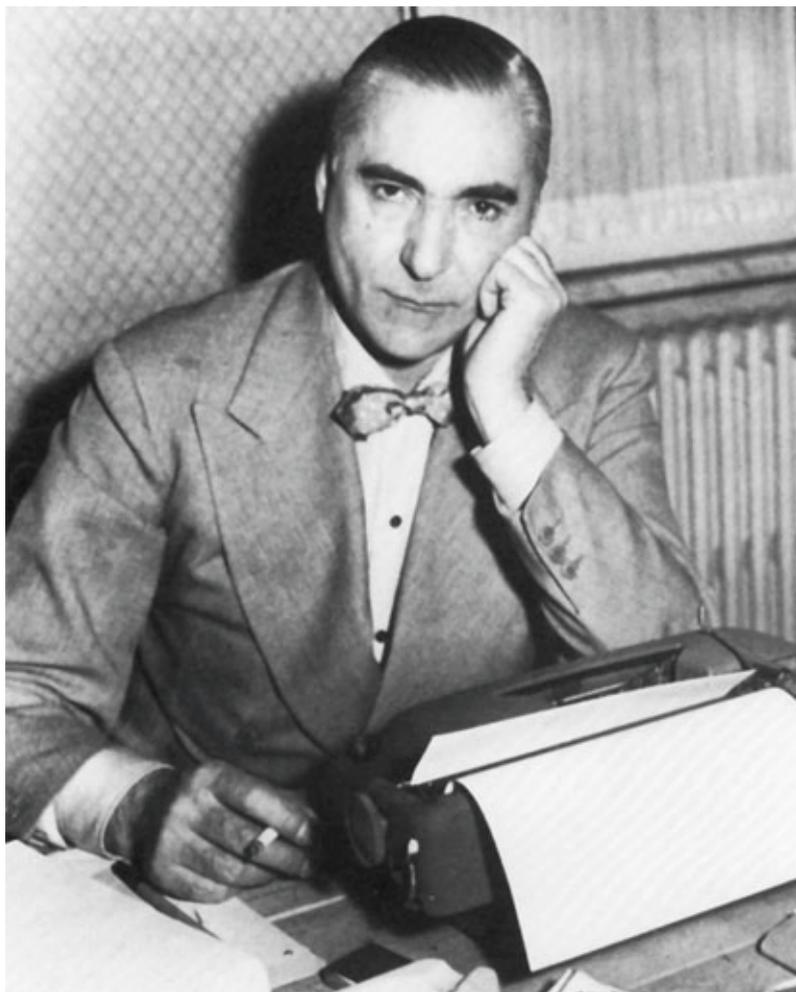
Las pruebas de su entrega, su rendición incondicional a la Amada, su abandono irrestricto a la pasión po-

drían llenar páginas y páginas, y lejos de mostrar una vulnerabilidad vergonzosa revelarían el valor que le otorga la energía del Eros. Y entiéndase “valor” en su doble acepción de coraje y valía, porque hay que tener agallas para amar de esta manera y arriesgarse a rozar el límite de lo sentimental en la expresión poética cuando uno se llama Paul Valéry. Para el poeta, asegura Célia Bertin, “Jeanne es todas las encarnaciones de sus sueños de creador. La llama con una sonrisa, Jazmín, el nombre de su central telefónico, o Polydore, la joven mujer de múltiples dones. También es Calipso, la ninfa que acogió y retuvo a Ulises, antes de ser la Lust de *Mi Fausto*, nombre que significa ‘deseo’ en alemán”. En una de sus tantas cartas, Paul Valéry así resume esta suma a la que no parece faltar nada:

Me has dado las horas más enteramente tiernas, más perfectas de mi vida. Creí que algún prodigio de correspondencia armónica entre nosotros se había revelado, cosa rarísima que sólo podía intensificarse, una vibración idéntica entre las almas, las mentes y los cuerpos. Y en verdad, desde que nos vemos, siento ese acorde excepcional sonar más y más fuerte en la sustancia de mi vida misma. Y tú me decías el otro día algo parecido.

Jeanne Voilier no pertenece a la clase de musas desmayadas o dormidas en los versos de ilustres poetas. Desde 1925 es una de las contadas abogadas del Palacio de Justicia de París; en 1932 se vuelve periodista para *Paris-Midi*; en 1935 publica en el *Mercure de France* una primera novela: *Solange de bonne foi* (que firma como Jean Voilier); en 1936, una segunda titulada *Beauté raison majeure*, y en 1938 la tercera: *Jours de lumière*. En 1942 asume la dirección de las Ediciones Domat-Montchrestien y de los *Cours de Droit*, que hereda de su padre, con el que colaboraba desde hacía varios años. Luego de la Liberación, suma a estas responsabilidades la conducción de las Ediciones Denoël, las cuales venderá a Gallimard en 1964. Hacia el final de su vida, ya libre de sus negocios editoriales, se dedica a viajar por Europa, África y América del Sur; poco a poco entierra a sus más longevos amantes. En pocas palabras, una vida empresarial muy activa, nada común para la época, y ajena por completo al cliché de la pasiva musa romántica. Hay algo inaccesible en su extrema feminidad, advierte Célia Bertin, que acrecienta el deseo de poseerla.

Ni Musa ni Medusa, Jeanne Voilier ama pero carece del sentido de la exclusividad que sus amantes, todos casados, le reclaman al tiempo que le niegan la reciprocidad. A causa de un trauma de infancia, Jeanne Voilier ha aprendido a ocultar su insaciable necesidad de amor, de estabilidad conyugal, y a disfrazarlas con una libertad que significa más bien la huida de la eventualidad del rechazo. Su biógrafa apunta al respecto: “El poder



Curzio Malaparte

de disimulación, que ella domina tan bien desde siempre, también puede serle útil, le cueste lo que le cueste, para hacer felices a las personas —hombres y mujeres— con quienes tiene relaciones amorosas”.

Cuando su amor por Paul Valéry se carea con la vejez y la enfermedad —recordemos que 32 años los separan—, Jean Giraudoux toma el relevo y alimenta en ella la esperanza de un matrimonio.

Giraudoux fue muy desagradable conmigo —recapitularé Jeanne Voilier para su amigo Jean Chalon—. Me dijo: “Manda a hacer armarios, trae vinos, me voy de viaje y de regreso, me mudo contigo”. Mandé a hacer los armarios, traje vino en mi bodega que hizo falta acondicionar. Y luego, en la víspera de su regreso, recibo una carta que dice “debo pasar a ver a mi hijo”. Eso me pareció de mal augurio. Efectivamente, Jean-Pierre Giraudoux le dijo a su padre que si dejaba a su madre sería el acabose entre ellos. Me sacrificó por Jean-Pierre. Sufrí mucho a causa de ello, ¡todo el vino que había mandado traer, y esta bodega que había mandado acondicionar para nada! Giraudoux quiso volver a como estábamos antes. Yo me negué.

El humor es otra arma para suturar la herida que vuelve a abrirse y a sangrar con cada promesa incumplida. El mejor consejo para dejar de sufrir y de toparse

con la misma piedra se lo proporciona su más fiel amante femenina, Yvonne Dornès, quien le escribe: “Si no encuentras ese amor que te deseo y que anhelas, terrible pero embriagador, te deseo entonces que pierdas el deseo de tenerlo, te deseo que halles en el amor que recibes, en la ternura y la entrega abnegada, en la devoción total de un ser que te adora hasta la locura, un alimento que le baste a tu corazón [...]. Tienes que poder amar por fin la vida, a falta de amar a un ser”. Parece que lo logra por un tiempo, pero, una y otra vez, la misma piedra se atraviesa en su camino de perfección.

Contemporáneo de Jean Giraudoux en las letras francesas y en la alcoba de Jeanne Voilier, Saint-John Perse no resiste la atracción de la mujer que tampoco resiste mucho tiempo ante sus modales elegantes y discretos. Cuenta ella en una página autobiográfica: “El gran Rolls del Quai d’Orsay vino a buscarme para que fuéramos a almorzar en un restaurante de los alrededores de París, para que le diera mis impresiones del viaje [al Caribe]. Entré directamente a ese lenguaje nuevo, esa simplicidad, esa dureza y esa soledad que me traían sueños insólitos. La amistad entre nosotros fue impecable, fiel y dura como un cristal”. Jeanne Voilier vuelve a encontrarlo años después, durante la guerra, en Washington,

donde Saint-John Perse vive en un pequeño estudio un “exilio calmo y tranquilo”. “No tardé en darme cuenta de que, en su exilio, él vivía en otro mundo y que más que nunca, como monje de clausura, se había refugiado en la grandeza y la poesía”, advierte Jeanne Voilier.

El editor Robert Denoël también tiene una esposa que amenaza suicidarse cada vez que le plantea la separación para irse a vivir con Jeanne Voilier. Pero parece el hombre que ella había estado esperando y con quien estaba dispuesta a aventurarse en una vida conyugal que, hasta entonces, le habían negado o ella se había negado a sí misma.

Robert Denoël es, desde antes de la Segunda Guerra Mundial, el editor más dinámico y certero de Francia. De una sola sentada lee el manuscrito del *Voyage au bout de la nuit* de Céline, que publica enseguida, sin vacilación alguna, seguro de haber descubierto a un genio. También publicará *Mort à crédit* así como, por desgracia, los infames libelos antisemitas que Céline dio a la imprenta desde 1937 con *Bagatelles pour un massacre*. Pero, al mismo tiempo, Robert Denoël es el editor de Louis Aragon y Elsa Triolet, tenaces comunistas, a quienes mantiene económicamente durante la guerra, a la vez que publica novelas de colaboracionistas y libros directamente encargados por los ocupantes nazis. Esta peculiar manera de combinar las ideologías le ocasiona a la Liberación varios juicios en los que Jeanne Voilier se encarga de su defensa. También ella pondrá a salvo la editorial comprándole acciones. Jeanne Voilier vive la guerra rodeada de colaboracionistas o de intelectuales, como Robert Denoël, tan ambivalentes que semejan funámbulos siempre a punto de caer de un lado o de otro de la cuerda floja en la que caminan con desfiguros.

Finalmente, Robert Denoël se salva de la criba de la Depuración, pero no de las redes de la muerte. Una noche en que se dirige al teatro con Jeanne Voilier, en el coche del que ella dispone, se poncha una llanta. Jeanne Voilier se adelanta al puesto de policía más cercano para pedir un taxi, mientras Robert Denoël comienza a cambiar la llanta y recibe una bala en la espalda. Muere minutos más tarde en la ambulancia. Jeanne Voilier tendrá que enfrentar sola el duelo, los juicios pendientes de las ediciones Denoël, los insultos de Céline, la incapacidad de la justicia francesa por esclarecer el asesinato de Robert Denoël y, por encima de todo, tendrá que cargar con el destino que se parece cada vez más a un conjuro contra el amor.

En 1953, se embarca en el navío Laënnec para una travesía hacia Río de Janeiro, y le atacan los primeros signos de una enfermedad incompatible con la seducción: la vejez. Acaba de cumplir sesenta años, que en ese entonces eran muchos más que ahora. Jeanne Voilier escribe entonces en su *Diario*:



Saint-John Perse

Lo veo todo negro. Paso esos dos días casi completamente sola y despuntan mis complejos. La celulitis me impide enseñar las piernas, la miopía me aísla, no sé jugar a ningún juego, soy excesivamente temerosa. Sueño con ir a la piscina, pero no sé nadar bien. Me siento tan insegura que temo ver pasar entre mis piernas o arremeter contra mi pecho a uno de esos clavadistas llenos de músculos y de sangre. Me da rabia esa vida de la que fue excluido todo deporte y ahora es demasiado tarde. “Demasiado tarde”, he aquí dos palabras que ahora me van a acompañar por doquier. La edad está en mi rostro, está en mi andar. Esa edad soy yo, salvo en ese yo invisible dispuesto a entregarse a las mismas niñerías, quizá a las mismas incredulidades.

Y, efectivamente, el yo invisible de Jeanne Voilier inmediatamente resurge ante los ojos del comandante del Laënnec que la corteja sin disimulo pero con elegancia oratoria. “Ese cortejo de un hombre simple de 52 años remedía mi melancolía y me hace bien —confía a su *Diario*—. Sin embargo, tendré que oír siempre de hoy en adelante: ‘Ah, qué hermosa ha de haber sido, cómo la han de haber amado’; luego, una sinfonía sobre mis ojos, sobre mi boca”.

Por supuesto, este “hombre simple de 52 años” no fue el último en la vida de Jeanne Voilier. Todavía le siguieron varios, entre los que se cuentan el escritor Curzio Malaparte, un antiguo colaborador de Mussolini exiliado en Brasil y dos embajadores de Japón en Francia. Jeanne Voilier esperó muchos años aún antes de ingresar a la soledad definitiva de la muerte. Murió el 20 de julio de 1996, “el día del aniversario luctuoso de Paul Valéry”, precisa su biógrafa.

Nunca se quejó de haber nacido mujer; bien al contrario, gozó de la condición femenina como pocas mujeres en la historia contemporánea. Sin embargo, en una ocasión que arriesgó un autorretrato, se puso a reflexionar sobre las dificultades que a veces implican pertenecer al segundo sexo:

Pensándolo bien, si hubiera sido hombre, creo que la vida me hubiera resultado más fácil. Aliviada de la parte femenina de mi vida que obviamente me gusta: encargarme de la casa, ver por mis cuidados y mi ropa, hubiera podido concentrarme únicamente en mi *business* y probablemente mi estado de salud hubiera sido mejor. Me hubiera librado de las complicaciones que sobrevienen por el puro hecho de la condición femenina. Me hubiera librado del sentimiento contradictorio de que mis pequeñas victorias no se debían más que a lo que conviene llamar “el encanto femenino” y al de atribuir mis sinsabores —los tuve, igual que todos— a la desventaja del género. Hubiera llevado mi vida de negocios sin esas reflexiones ociosas. Para tener éxito, una mujer en los negocios se siente

obligada a realizar más esfuerzos. La acechan y esperan detectar en ella la menor señal de desfallecimiento. Nunca debe ceder, ni bajar la guardia, ni dormirse. A los hombres les cuesta trabajo entender que una mujer sea al mismo tiempo “una verdadera mujer” y la directora de una empresa. Arremeten con una, ora con otra, a no ser que adopten la actitud más fácil, que consiste en alegar que no hay que tomarla en serio. Y hay otro inconveniente: la obligación de controlarse, de la que numerosos hombres se creen eximidos. Ya sea que blasfemen, que golpeen en la mesa, que le mienten la madre a su secretaria, que pongan “caras largas” al volver a casa o que se molesten por todo, helos aquí disculpados de antemano, aceptados con resignación, consolados. ¿Acaso no están extenuados, agobiados por tanta preocupación? ¿Pero una mujer...? ¿Se la imaginan furiosa? Sería ridículo y vulgar. Les parecería odiosa a sus allegados. Presa de las peores dificultades de la vida diaria, debe ser afable, relajada y, mientras está pensando en las mil contrariedades de sus propios asuntos, sus dedos van disponiendo flores en un ramo, y sonrío. Es mujer, debe sonreír. **U**

Célia Bertin, *Jean Voilier. Cuando el sol reposa en el abismo*, traducción de Françoise Roy, Vaso Roto, Monterrey/ Madrid, 2014, 352 pp.



Jean Giraudoux